

«La contracultura no fue una gesta»

—Jaime Gonzalo, periodista musical.

Gonzalo acaba de publicar el último volumen de la trilogía *Poder freak*. Con él, concluye una crónica de diferentes movimientos de disidencia estética e ideológica que eclosionaron desde mediados del siglo XX.

Tres volúmenes y mil páginas sobre movimientos culturales, políticos y sociales de la mitad del siglo XX. *Poder freak* es un ejercicio enciclopédico y desmitificador.

Parece enciclopédico, pero no era la intención. Explica unos tiempos de creatividad desbordante. Podemos decir que fue una revolución televisada porque, durante seis o siete años, se crearon muchos titulares y noticias, pero hubo muchas cosas que quedaron al margen. Uno de los motores del libro fue conseguir una especie de síntesis que pueda perdurar. No hay un tono desmitificador, se trata —sencillamente— de una investigación para acercarnos al máximo a la verdad teniendo presente la fantasía creada por la apropiación de la izquierda. La convirtieron en una gesta y no lo fue. Todo ello fue una peristáltica de la sociedad y de la cultura... del flujo de la vida que nadie puede controlar. En este sentido, no se ajustan cuentas con la historia, sino con las mistificaciones y las leyendas constantes que se han hecho de ella. La revolución más grande que se hizo en aquella época fue la económica, ante la izquierda actual y la mentalidad liberal que lo convierte todo en beneficio. El libro está escrito en clave didáctica,

para que la juventud pueda hacer su rompecabezas de todo el fenómeno.

En los libros aparecen muchos nombres, muchos movimientos. La cartografía es tan diversa como dispersa. ¿Podemos hablar de la contracultura en un sentido histórico y cultural?

Theodore Roszak utiliza el término en un estudio sobre lo que ocurría en 1968. Después nos ha servido para englobar mil historias, algunas enfrentadas entre sí. Se piensa que fue un flujo unidireccional pero, en realidad, fue desbordante y multiforme. Además, hubo movimientos de derechas. La corrección política imperante y el hecho de que la historia se construye a partir de deformaciones lo han querido ocultar. Lo que sí podemos hacer es unificar, porque generó ciertas creaciones estéticas y culturales que han acabado configurando un mercado de consumo cultural. Pero no se puede uniformar de ninguna manera: la gratuidad se cruzó con el capitalismo más absoluto, por ejemplo.

Asocias la aparición de muchos de los movimientos —sobre todo las bandas juveniles como los *mods*, los *hippies* o el movimiento folk— al estallido de la adolescencia y el rechazo a una sociedad del bienestar y del consumo. Paradójicamente, apuntas que todos terminaron siendo mercantilizados...

A la mayoría los acaba absorbiendo el sistema; la sociedad los asimila. Pero hay un ejemplo clave para entender las cosas: la apertura de la tienda The Psychedelic Shop en 1965 en San Francisco, a manos de dos hermanos utopistas que querían apostar por la gratuidad. No solo decidieron regalar algunos productos, sino que también contribuyeron a la apertura de un hospital popular y de un comedor comunal. La aventura terminó porque la gente les robaba todo lo que podía. Así es la naturaleza humana. Está por encima de la contracultura, del

fascismo o del socialismo. Lo acaba dominando todo, también la democracia: mira qué propuestas electorales tenemos actualmente, que solo hablan de cómo administrar el capital, en lugar de tratar cómo se cambia la sociedad desde las raíces.

En el tercer volumen de *Poder freak*, se explica la creación de la industria del *rock*. El negocio de las radios, los festivales masivos, la mercantilización de la personalidad de las estrellas musicales... Fue una revolución estética incapaz de cuestionar el modelo económico?

No solo los modelos económicos, también cuestiones como el papel de las mujeres, ya que el machismo era el mismo que con las generaciones anteriores. Evidentemente, el dinero era motor de muchas cosas. La industria nunca ha pretendido ser humanista, sino que quiere productos de consumo para vender. El problema es el aura de década mágica —como dicen algunos— que se le dio. Y, como en todas las décadas, hay zonas oscuras. Cualquiera que busque un poco en las hemerotecas verá que todo lo que pasó en mayo del 68 y durante aquellos años fue una explosión fomentada desde el poder y hecha para conseguir una mordaza más grande. Se produjo cuando las universidades se estaban convirtiendo en un negocio. En la calle, había gente muy joven despreocupada por su conciencia política, salvo los universitarios, muchos de los cuales estaban allí porque no querían ir a Vietnam. No se trata de señalar el apoliticismo de los jóvenes, sino de aclarar los hechos y las posturas para evitar que la leyenda persista. Sería ingenuo pensar que la utopía es posible, lo que sí es constante es la distopía.

Sin embargo, hay otros movimientos —como las comunas, los *black panthers* o la generación Beatles que, apartándose de la

sociedad o enfrentándose al poder, sufrieron la marginalización social o la criminalización de Estado.

Esto no es de extrañar, porque ha pasado, pasa y seguirá pasando. Para mí es mucho más grave la exclusión que generó la misma izquierda. Eras sospechoso de ser disidente si no ibas vestido como se suponía que tenías que vestir o si no compartías referentes políticos y literarios. Además, mucha gente se hizo rica con aquello de «Con nosotros o contra nosotros». Hay izquierdas y derechas en la contracultura, pero la izquierda ha operado desde un totalitarismo del pensamiento.

El peso de los Estados Unidos y de Europa es muy importante, sin embargo, en los tres libros también hay una recopilación exhaustiva de los movimientos en España, sobre todo en Cataluña, las islas [Baleares] y Andalucía...

En Cataluña y en Barcelona en concreto es muy importante por el momento histórico y porque coincide con el movimiento libertario y la reconstitución de la CNT, con el mitin en Montjuic y las Jornadas Libertarias. Todo fue más caótico en Andalucía. La hora del recreo que supuso la transición —un período que debemos continuar desenmascarando— permitió la eclosión de una utopía. Se conectó con una serie de cosas hasta entonces inaccesibles. Hay que decir, además, que en Estados Unidos era más fácil crear una contracultura porque había subsidios y una industria cultural. Aquí, la precariedad era total. El fenómeno, sin embargo, fue muy estimulante, aunque duró poco. El PSOE de Felipe González nos llevó a la antesala del euro y de la situación que vivimos ahora.

¿Por qué hemos convertido la contracultura en una pieza de museo?

Porque es lo más imaginativo y espectacular, en el sentido situacionista, que llegó a hacer la izquierda. Todo aquello todavía fascina a mucha gente, pasa de generación en generación y se convierte en un producto mercantil de calidad. Ahora es más difícil construir una identidad y saber quién es el enemigo; por eso necesitamos recorridos históricos. Dicho esto, es curioso que Podemos y cierta gente de izquierdas continúe utilizando la misma escenificación que Víctor Manuel y Ana Belén, por decirlo de alguna manera. A mí me sorprendió que el 15-M fuera tan rancio, aunque lo formase gente muy joven. Quizás esto tiene que ver con el monumentalismo creado alrededor de la contracultura. Hay que explicarla mejor, porque las nuevas generaciones tienen una idea muy difusa de lo que fue.

Viendo que quizás fue algo más bien estético, cooptado por el sistema y que no logró cambiar el modelo económico y de relaciones humanas, me pregunto si la contracultura sirvió y sirve para algo...

Claro... y más cuando no ofrece un análisis de la realidad, cuando no se llaman las cosas por su nombre, cuando la anomia social es creciente o cuando nadie puede encontrar una fórmula para desmontar el engaño de la democracia y de las urnas. Partiendo de aquí, es difícil que una contracultura actual sirva de algo cuando la que lo empezó todo no tardó en ser parte del sistema. ¿Qué democracia nos puede llevar a pensar una nueva teoría de la vida? Yo pienso que habría que salir de este aparato que nos tiene atrapados entre elecciones y elecciones en una comedia grotesca y frívola, que se deben buscar soluciones fuera. Pero la contracultura sí sirvió. Ahora, disponemos de un inmenso arsenal de objetos culturales para jugar y hacer bailar la imaginación; y esto es poder. Fue una película que todavía dura y de la que podemos ser cómplices.